

**PRESENTACIÓN DE LA  
XXXIV CÁTEDRA SAN JOSÉ  
DE CALASANZ 2014-15:  
“LA FORMACIÓN PERMANENTE  
DEL PROFESORADO”**

*12 de febrero de 2015*

*José Luis Corzo, SchP.*

Amigos:

os saludo uno a uno afectuosamente. Esta es la Cátedra Calasanz, que por primera vez se celebra –la clase no se da, se celebra– fuera de su secular sede habitual; tan habitual, que fue fundada en 1981 y esta es su trigésimo cuarta edición, es decir, 34.

Sin duda, muchos de vosotros, especialmente los colegas profesores, conocéis de sobra estas cifras y muchas cosas más. Pero permíteme que muy rápidamente se las cuente a los más jóvenes, ya que, por esta vez, hemos venido hasta su casa, sede del antiguo Magisterio de los maristas.

Lo de la escuela es mucho más antiguo que la cátedra y no sé si los profesores de Historia de la educación me ayudarían a ponerle fecha y lugar a la primera vez que en la historia de la humanidad alguien reunió a un grupo de chavales para su instrucción colectiva. Debió de ser hace mucho, mucho tiempo.

Lo que sí sé es que en Europa hasta 1597, fin del siglo XVI, no se reunían en las escuelas todos los niños. Ni siquiera se logra hoy en todas partes, 418 años después de aquella primera vez en el Trastévere de Roma. Una, porque todavía faltan escuelas y, otra –pero dejémoslo estar esta vez–, porque haberse oscurecido el ideal de

que todos los niños compartan una misma aula. Siento no conoceros más, pero a mí –como a vosotros, supongo– me sedujo en 1970 la población escolar salmantina rural, dispersa y fracasada y, con otros jóvenes de magisterio, abrimos la Casa-escuela Santiago uno, ahí junto al Puente Romano; también fundamos el MEM (movimiento de educadores milanianos) para formarnos en la enseñanza de los últimos, no de los primeros, y a esa asociación os invito con esta revista *Educar(NOS)*, que os podéis llevar después de aquí.

Varios millones de niños en la tierra aún no tienen escuela o, como veremos esta tarde en el documental cinematográfico “Camino a la escuela” (2015), o como yo lo he podido ver en la realidad de Bolivia, por ejemplo, muchos escolares tardan varias horas en llegar a la escuela más próxima y, a veces, descalzos.

Pues bien, en Europa la iniciativa de que todos tuvieran escuela fue de un aragonés de La Franja, los que *chapurrean* (esa creo que es la expresión técnica) el catalán, a su manera. La escuela debía ser desde la infancia para todos; pública y, por lo tanto, gratuita. Así que fundó las escuelas gratuitas o por piedad, *pías*, asistidas por voluntarios, pobres también ellos para no desechar a ningún niño por pobre que fuese. Ese gigante histórico fue José de Calasanz, porque la escuela de pago ya funcionaba desde mucho antes, y ahí sigue, y quienes se dedicarían a los oficios manuales ni la necesitaban ni debían acudir a ella.

Algún otro *escolapio* (maestro de escuela gratuito) estuvo en la Pontificia de Salamanca durante el nacimiento de esta facultad, junto a la religiosa María Anunciación Febrero (a la que podríamos conmemorar este año, visto que coincide con su apellido esta fecha de la cátedra). Aquel escolapio se llamaba Claudio Vilá Palá, un catalán menos *chapurreao* y al que siguió años más tarde el profesor Vicente Faubell.

Alegraos, pues, porque tenéis un buen patrón de la Facultad de Educación, san José de Calasanz. Yo mismo, durante los años setenta, como suele decirse, “le di la vara” al Padre General de los *maestro-escuela gratuitos*, los escolapios, para que bajara a su fundador de la peana de santo –que tan bien merecía, pero por otras cosas– y le aupara a la lista histórica de los buenos maestros. Se ha conseguido

a medias, porque este país ya no aguanta las sotanas, como vuelve a suceder con la de Lorenzo Milani, por ejemplo. Pero para intentarlo, dicho Padre General, el P. Ángel Ruiz, acordó con un antiguo chaval de las escuelas gratuitas, o sea, *pías*, de Albacete fundar y dotar anualmente esta cátedra en la Universidad Pontificia de Salamanca. El antiguo alumno albaceteño se llamaba Juan Luis Acebal, dominico, rector de nuestra universidad. Eso fue en 1981 y, desde entonces, siempre puntualmente –aunque este año con algún retraso– se celebran lecciones en torno al 27 de noviembre, la fiesta patronal de la facultad, y suelen ser magistrales; término que no os debe asustar, ya que el *magister* es tres veces más, seguramente por poner toda su carne en el asador.

Magistrales serán también las lecciones de este febrerillo el loco, pues quienes van a dictarlas, ellos lo saben, abordan un ingrediente clave de lo magistral: la formación permanente de quien haya de ser maestro. Los ponentes de hoy se sientan en esta cátedra Calasanz, tras una nube de anteriores maestros, de los que sólo os citaré algunos: Octavi Fullat (1981 y 1998), catedrático de Filosofía de la Educación de Barcelona; Antonio Bentué (1983), profesor en Santiago de Chile; el mismísimo Paulo Freire (1984) brasileño universal; varios profesores de la universidad Complutense, como el psicólogo José Luis Pinillos (1987); las pedagogas M<sup>a</sup> Ángeles Galino (1990), Carmen Labrador (1997) o el filósofo José Luis López Aranguren (1992), el sociólogo Amando de Miguel (1993) o el periodista Pedro Piqueras (2001). Del Instituto Católico de París vino Michel Quoist (1989); de Barcelona, la pedagoga catalana Marta Mata (2004) y Manuel Delgado (2005); de Valencia, Joaquín García Roca (2008); de Roma el psicopedagogo creador de “la ciudad de los niños” Francesco Tonucci (2006). También vino el, por un tiempo, salmantino Mariano Fernández Enguita (2012) y vinieron varios profesores de nuestra *alma mater* pontificia, como el vicerrector que nos preside, José Manuel Alfonso (2007 y 2008) y Antonio García Madrid (2013). Dejo sin nombrar muchos más invitados durante estos 34 años, por no cansaros y por no restar tiempo al primer ponente de hoy, también profesor vuestro, Alfonso De Maruri, que ya tiene la palabra.